

Filosofía y literatura

Mauricio Beuchot

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Beuchot, Mauricio

Filosofía y literatura / Mauricio Beuchot .- México: Academia Mexicana de la Lengua, 2020.

141 p. ; 22 cm. (Colección Horizontes).

ISBN 978-607-98717-3-4

1. Filosofía del lenguaje. 2. Temas de filosofía. I. Ser. II. t.

Dewey 801 BEU.f.

La edición de esta obra se hizo posible con el apoyo de



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Primera edición: 2020

D. R. © Mauricio Beuchot

D. R. © Academia Mexicana de la Lengua
Iztaccíhuatl 10, Col. Florida,
Alcaldía Álvaro Obregón,
01030 Ciudad de México
info@academia.org.mx
editor@academia.org.mx
www.academia.org.mx

ISBN: 978-607-98717-3-4

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

I. Introducción

En este volumen quisiera abordar algunos temas en los que se tocan la filosofía y la literatura. La reflexión filosófica no tiene por qué ser árida y difícil, y una que alcance a ser literaria, en el sentido de grata, puede dar más sentido al ser humano, que es lo que ahora se necesita.

Así, pues, comienzo con un poeta filósofo, como lo fue fray Luis de León. En su poesía se nota un fino neoplatonismo que admira la armonía de las esferas celestes, de la música y, en especial, la que tiene ocultamente el lenguaje.

Paso después a fray Luis de Granada. No fue poeta, pero sí excelso prosista. Nos habla de la creación como un libro, el de la naturaleza. Fue teórico de la retórica, insistiendo en que la filosofía tiene que ser pensamiento adornado con el sentimiento.

Viene en seguida sor Juana Inés de la Cruz, nuestra poetisa, que en sus poemas y en sus piezas teatrales alcanza el ideal de la analogía que es característico del barroco. Logra una síntesis entre el conceptismo y el culteranismo, llevándolos a un nivel superior.

Encontramos después al genio de Goethe, que en su *Fausto* nos ofrece un microcosmos, un mundo en pequeño, pues lo puebla de literatura y de filosofía, como buen alquimista que era su personaje. Fue un gran literato, pero también filósofo y científico.

Luego se nos presenta Miguel de Unamuno, quien tuvo una dialéctica extraña, pero muy interesante, que reluce en su obra tanto

poética, como de prosa o teatral. Es algo que hizo sumamente atractiva su lectura. Puede ser visto como literato filósofo o como filósofo de una sutil literatura.

Toca después el turno a Juan Ramón Jiménez, consumado poeta, pero que tiene poemas tan profundos, que se encuentra anidada en ellos una filosofía sublime. Por ejemplo, su meditación sobre el tiempo, uno que se detiene y está presente en su poesía.

Vemos en seguida a dos escritores españoles, José Ortega y Gasset y su discípulo Julián Marías, que trataron de hacer filosofía de manera literaria, consiguiéndolo notablemente, pues se trata de una filosofía que se deja leer con placer, cumpliendo el racio-vitalismo que profesaron, es decir, juntar la razón con la vida, una razón cordial.

A continuación presento algunos autores que en México han tratado de hacer esa combinación de filosofía y literatura, ya sea por lograr una filosofía literaria o una literatura filosófica. Ambas cosas tienen el mismo mérito y es algo digno de encomio.

Finalmente, presento a algunos miembros de la Academia Mexicana de la Lengua que han sido filósofos. En ellos se ve la muestra fehaciente que permite constatar la conjunción de la filosofía y la literatura, pues fueron llamados a esta institución por su buena escritura.

Termino el libro con unas conclusiones generales y una bibliografía que busca ser útil.

IV. Sor Juana:

literatura y filosofía

1. Introducción

En lo que sigue trataré de exponer algunos rasgos del conocimiento que tuvo sor Juana Inés de la Cruz acerca de la filosofía de su época, es decir, del siglo XVII. Fue eminentemente una filósofa barroca, no por oficio, pero sí por dedicación, pues aunque era un tiempo en que a la mujer no se le permitía estudiar ni enseñar en las universidades, ella estudió por su cuenta y enseñó a través de sus escritos, los cuales le causaron tanta animadversión de las autoridades eclesiásticas y muchos quebrantos.

Haciendo un recorrido por las obras de sor Juana se puede sacar un resumen de lo que se encuentra en ellas en lo tocante a la filosofía. Es mucho lo que se nos presenta y por eso conviene efectuar un balance, para obtener una síntesis a partir de nuestros análisis. Veremos que abarca la escolástica, el hermetismo y la filosofía racionalista, nueva en esa época.

2. Perfil biográfico

Con el nombre de Juana Ramírez de Asbaje nació la que sería nuestra sor Juana Inés de la Cruz, en la alquería de San Miguel Nepantla, de la jurisdicción de Amecameca, en 1648 o 1651. Era hija del capitán Pedro

Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, vasco, y de Isabel Ramírez de Santillana, criolla.¹ Realizó estudios en la Amiga (escuela elemental para niñas) de Amecameca. En 1659 pasó a la capital, donde vivió con unos tíos, y en 1664 entró como dama de honor de la marquesa de Mancera, esposa del virrey Sebastián de Toledo. En la corte gana fama de gran inteligencia y estudio por un examen realizado en 1666 ante varios doctores, preparado por el virrey, acto público del que Juana salió muy lucida. Dejó la vida de la corte y en 1667 pasó algunos meses en la orden carmelitana; pero, dado el rigor de esa orden, prefirió la orden de las monjas jerónimas con las que profesó en 1669.

Así, en el convento de San Jerónimo fue contadora y archivera. Se dedicó de tal manera al estudio que abarcó las más variadas disciplinas. De las artes cultivó la música (se le atribuye una obra sobre música intitulada *El caracol marino*), la poesía y el teatro, que fueron en las que más destacó, dejando numerosas obras; también fue estudiosa de la filosofía (se le atribuyen unas *Súmulas* de lógica, ahora perdidas) y la teología. Su excelencia en filosofía y teología se muestra en muchos pasajes de su obra poética y dramática. En 1680 llega a la ciudad de México Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes y marqués de la Laguna, a tomar posesión como virrey; y a sor Juana se le pide que prepare el arco triunfal para recibirlo, y con ese fin escribe el *Neptuno alegórico*.

Sor Juana adquiere fama por sus escritos y en 1689 el exvirrey Mancera manda publicar en Madrid el primer tomo de las obras de ésta, con el título de *Inundación castálida*, lugar en el que ya se la apoda “décima musa”. En 1690 fue célebre la crítica que hizo sor Juana de una homilía del ilustre predicador jesuita y portugués Antonio Vieyra, en su obra *Crisis de un sermón*, también llamada *Carta Atenagórica*. Ella y su amigo Carlos de Sigüenza y Góngora, profesor de matemáticas y astronomía en la Universidad, contribuyeron a que se empezara a

¹ Sobre su vida véase T. Herrera Zapién, *Tres siglos y cien vidas de Sor Juana*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1995; A. Tapia Méndez, *Doña Juana Inés de Asvage ante la historia*, El Troquel, Monterrey, 1996.

hablar de la modernidad (Descartes, Gassendi, etc.) en la Nueva España.

Al ver que sor Juana se dedicaba mucho a las letras el arzobispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, bajo el seudónimo de sor Filotea de la Cruz, le dirigió una carta en la que le reprochaba que desatendiera las observancias religiosas en aras de sus estudios. Le contesta sor Juana y se defiende en su *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, de 1691, escrito en el que dice que estudia sin relegar sus obligaciones y añadiendo que el estudio es propio de su estado religioso. En esa carta hace una demostración de su saber y sirve como compendio de su pensamiento, sobre todo en lo relativo a las capacidades y derechos de la mujer. Con todo, no fue comprendida, y tuvo que abandonar los estudios.

A pesar de lo anterior, en 1692 sale el segundo tomo de sus obras en Sevilla y en Barcelona. Sin embargo, siguiendo al arzobispo y a su confesor, el padre Núñez de Miranda, en 1693 sor Juana deja de escribir y regala su biblioteca (calculada en 4000 volúmenes) y sus instrumentos científicos. Para manifestar su “conversión espiritual” redacta una *Profesión causídica*. Se ha pensado que ese cambio tan radical la deprimió mucho pues, aun cuando se dedicó en cuerpo y alma a sus observancias monásticas, de alguna manera se dejó morir —según dicen algunos— cuando al atender a las monjas enfermas por una epidemia que hubo en la ciudad, se contagió y eso la llevó a la muerte en su convento de México, en 1695.² Cinco años después de su muerte se publicó en Madrid, en 1700, el tercer tomo de sus obras con el título de *Fama póstuma del Fénix de México*. Los tres tomos han sido reeditados varias veces.

Fue grande su producción, abarcando poesías, piezas de teatro, cartas, etc., que le dieron muy merecida fama. En esas obras despliega su gran conocimiento. A pesar de que, por supuesto, no pudo tener una formación escolar, sino autodidacta, poseyó, además de la literatura, la filosofía y la teología, tanto en la línea tradicional como en la moderna.

² E. Trabulse, *La muerte de sor Juana*, Condumex, México, 1999.

3. Caudal de conocimientos

Sor Juana es conocida como erudita en muchas cosas; había asimilado varios elementos de la cultura de su época: literatura, música, teología, etc. Pero es poco conocida su relación con la filosofía, sobre todo con la filosofía escolástica.³ En efecto, tres influencias principales de corrientes filosóficas se han detectado en sor Juana: la de la filosofía hermética, la de la filosofía moderna y la de la filosofía escolástica. La de la filosofía hermética la recibió a través de Atanasio Kircher; la de la moderna por medio de Descartes, y la de la escolástica a través de santo Tomás. El conocimiento de las obras de Kircher le vino por el obispo de Puebla —el que adoptó el seudónimo de sor Filotea de la Cruz— Manuel Fernández de Santa Cruz, quien era amigo de Alejandro Favián, corresponsal del sabio alemán, que poseía varios de sus libros y los hacía circular entre algunos novohispanos connotados; también quizá por su buen amigo don Carlos de Sigüenza y Góngora, que cita a Kircher y a Schott en su *Libra astronómica y filosófica*. El conocimiento de Descartes no se sabe bien a bien si fue directo o a través de expositores; en todo caso pudo ser por libros que le habría prestado el propio Sigüenza y Góngora, catedrático de astronomía en la Universidad, y que cita a Descartes, Gassendi y otros en sus obras astronómicas como la mencionada *Libra*. Pero también conoce sor Juana el tomismo, que era uno de los ingredientes de la cultura de la época: se aprendía tanto en la Universidad como en varios de los colegios de los conventos, y había una bibliografía muy abundante, parte de la cual habría llegado a esa ávida lectora y estudiosa que era sor Juana. (De hecho, en uno de sus retratos, el pintado por Cabrera, aparece en uno de los tomos de su librero el nombre de santo Tomás.)

En cuanto a la filosofía hermética sor Juana cita varias veces a Kircher (en ese mismo cuadro de Cabrera aparece, en el lomo de otro de los libros, el nombre del sabio jesuita alemán) y muchas de las ideas

³ Puede consultarse más ampliamente en M. Beuchot, *Sor Juana Inés de la Cruz. Una filosofía barroca*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, 2ª ed., 2001.

propias de esa corriente están dispersas por su obra. El verbo “kirkerizar” figura en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* y en algunos versos. Además del legado renacentista, conoce a Maquiavelo y se le opone, en cuanto a su idea de la “razón de Estado” vulgarizada por Guicciardini, y que aparece en un par de versos, por ejemplo, en la III. loa al cumpleaños del rey Carlos II. También se ve la idea del microcosmos, que aun cuando atraviesa toda la historia desde los griegos hasta la modernidad, pasando por los medievales, se hizo muy presente en los renacentistas (sor Juana se refiere a ella en el *Primero sueño*).

Mucho se ha escrito sobre la recepción que hizo sor Juana de la filosofía moderna; tal vez se le ha adjudicado más de lo que se podría documentar. Ciertamente en el *Primero sueño* menciona ideas modernas como la de los átomos que, aun cuando venía de los griegos, había sido revitalizada por Gassendi; pero sobre todo porque se ha llegado a ver en ella cierta actitud crítica y hasta escéptica, como la de la filosofía cartesiana. En fin, se ha creído encontrar en sus textos la presencia de Descartes, Gassendi y otros modernos.

Lo que ha sido poco estudiado es la presencia de la filosofía escolástica en nuestra monja jerónima, la cual es innegable y puede documentarse con numerosísimos textos suyos. Menciona (con un rango igual al de san Agustín) a santo Tomás y también se advierte la presencia de otros escolásticos, pero sobre todo se ve la del Aquinate. No es que yo desee ver en sor Juana una profesora de filosofía en la Universidad o en las escuelas, que no lo era; tampoco pretendo ver en ella una filósofa de profesión, aunque tenía los vuelos necesarios para ello; lo que veo es una plasmación de filosofía en su poesía, y con pasable erudición. Era tanta su sed de conocimientos que no se escaparon de su ámbito la filosofía ni la teología. Y era de esperar, pues éstas constituían lo más elevado del saber humano. Sor Juana da muestras de haber hecho un buen estudio y asimilación de las mismas. Si se toma en cuenta que fue autodidacta, puede decirse que las asumió y asimiló para su cosmovisión, dentro de ese caudal de conocimientos manifestado en sus poemas, que resulta cada vez más desconcertante. Ni profesora de filosofía (aunque sepamos de unas *Súmulas* de lógica que escribió, pero que no se conservan), ni filósofa por dedicación expresa, con todo sor Juana

integra esos conceptos filosóficos en su poesía, y nos da en varias ocasiones versos llenos de alto contenido filosófico.

4. Las disciplinas filosóficas

Se puede apreciar un cierto conocimiento de las diferentes materias de la filosofía por parte de sor Juana.⁴ Menciona a Platón y a Aristóteles, así como a otros personajes de la historia de la filosofía, mostrando con ello que no le era desconocida. También, como hemos dicho, conoce a varios de los filósofos de su tiempo, especialmente a Kircher, de cuyo hermetismo filosófico se había empapado. Lo mismo se ven trazas de algunos filósofos modernos como Descartes y Gassendi.

Por lo que hace a la lógica, se dice que había escrito las mencionadas sùmulas o compendios de esta materia, las cuales se han perdido, y que, de haberse conservado, nos habrían revelado mucho sobre su saber. Eso nos habla del conocimiento que tenía de la lógica, la cual, aunque era materia introductoria, era difícil además de árida, no imaginable en la pluma de una poetisa. Se le ve hablar de las tres operaciones de la inteligencia: conceptualización, juicio y racionio. En cuanto a los conceptos, habla de su intensión y su extensión diferenciándolas nítidamente. Maneja los predicables: género, especie, diferencia, propiedad y accidente. Se refiere a los diez predicamentos o categorías. Conoce los silogismos, alude a algunos de sus modos, incluso con sus nombres mnemotécnicos (Barbara, Celarent, Darii...). Menciona algunos puntos de lógica modal (el modo *posible*, por ejemplo). Usa algunos términos propios de la argumentación o disputa escolástica, como “conceder”, “negar”, “poner en contra”, “pasar”, etc. Y habla de premisas, inferencias y de poner argumentos en forma. Señala también los sofismas (“sofísticas redes”). Y en cuanto a la retórica como teoría de la argumentación, maneja muchos conceptos de esa disciplina y elogia en varias

⁴ He utilizado S. J. I. de la Cruz, *Obras completas*, edición de G. Méndez Plancarte, Fondo de Cultura Económica, México, 4 vols., 1976. En mi obra antecitada refiero los lugares en los que nuestra poetisa habla de cada uno de estos temas.

partes su poderío persuasivo. En cuanto a la filosofía de la ciencia, sostiene que la ciencia es hija del discurso o raciocinio, apunta a la teoría de la subalternación de los saberes cuando expresa que la música está subalternada a la aritmética y esto porque es una de sus diferencias o partes, a saber, en la que se unen lo discreto y lo sonoro. Por lo que hace a la filosofía del lenguaje, que se asociaba a la lógica, habla de la denominación de una cosa a partir de otra, y los cambios que hay en ello, sin que las mutaciones de los vocablos inmuten la esencia o sustancia de las cosas. Menciona la convertibilidad de las proposiciones y la ilación; y hasta hace algunos silogismos y otras inferencias en sus versos.

También de retórica, que se veía como aladaña a la filosofía —junto con la gramática y la lógica—, hace una muestra de conocimientos. Alude a dos de los más grandes oradores, uno griego y otro romano: Demóstenes y Cicerón. Define la retórica como el arte de hablar bien, su objeto es la cuestión, de la que hay que persuadir. Enumera las partes de la pieza oratoria, que son exordio, narración, confirmación y epílogo. Habla de los principales tipos de retórica: el epidíctico, el judicial y el deliberativo. Sus instrumentos son la cuestión, la proposición y el silogismo, a los cuales se añade la complejidad, como encargada del ornato. Inclusive recita algunos de los recursos para el ornato, como son los tropos y las figuras. De entre los primeros alude a la sinécdoque, la antonomasia, la metáfora, el énfasis y el enigma.

Tocante a la teoría del conocimiento sor Juana habla del origen sensorial del saber en la experiencia, de lo cual se eleva hasta la ciencia más sutil. Incluso la experiencia ajena puede servir para hacer ciencia. Menciona la antecendencia del entender sobre el discurrir. El entendimiento sirve para obtener principios o premisas, el raciocinio para extraer conclusiones o probar tesis. El entender es perspicaz, y el discurrir es sutil. Pero el primero es más perfecto que el segundo, ya que el primero es intuitivo, propio de Dios y los ángeles, mientras que el segundo es fatigoso y arduo, el que de manera peculiar y característica pertenece al ser humano. Por eso el raciocinio es el más propio de la ciencia, en tanto que la intuición lo es de la sabiduría. Alude al conocimiento de

las causas por los efectos (*i. e. a posteriori*). Explica que las potencias o facultades tienen objetos a los que se dirigen y por los que son actualizadas o puestas en acto. Asimismo, toma en cuenta los simulacros o especies de las cosas que se forman en los sentidos, así como en el intelecto. Son los objetos visibles e inteligibles, a los que a veces llama “ideas”. Hace alusión a la fantasía o imaginación y a la estimativa, que son de los sentidos internos. Habla del conocimiento de los relativos, en el que al conocer a uno se conoce al otro por estar implicado. Dice que la sabiduría infusa por Dios es superior a la adquirida mediante el estudio. También habla del conocimiento que Dios tiene de las cosas, con un acto puro e infinito, con el cual ve todo lo pasado y lo futuro como presentes.

En lo concerniente a la filosofía natural o cosmología se le ve en varias partes aludir al hilemorfismo, que es la teoría de la composición de materia y forma en los entes corpóreos. Menciona asimismo la privación, que es el otro principio fundamental junto con los dos anteriores. Alude a que la materia es menos perfecta que la forma. Pero añade que ambas constituyen la esencia o naturaleza de la cosa, por ello se refiere a la naturaleza como la causa segunda de todos los seres, siendo Dios la causa primera, a la cual ayuda y sirve. Mas, ya que habla de las naturalezas o esencias, también considera las cuatro esencias básicas o elementos (agua, aire, fuego, tierra). Y no las menciona sólo a ellas, sino además a la famosa quinta esencia, que es la de los cuerpos celestes. Así, la esencia es la naturaleza y la naturaleza es la causa segunda, supeditada a la primera, que es Dios. De los elementos alude a sus cualidades opuestas y a cómo éstas encuentran su equilibrio cuando forman parte de los cuerpos. Habla de las alteraciones de las cualidades de esos cuerpos, realizadas por los cambios de temperamento de los elementos. Dice que el agua es húmeda y fría, y se opone diametralmente al fuego que es cálido y seco. La tierra es fría y seca, con lo cual sólo queda que el aire sea húmedo y caliente. Trata de la generación y la corrupción, del cambio sustancial y del accidental. Hace mención de la bilocación, que es ocupar dos lugares al mismo tiempo, como problema que se discutía en las escuelas, algo hecho de manera milagrosa. También habla del compuesto sustancial o supuesto,

que es el ente individual y concreto. Explica la acción, en especial la inmanente al alma. Se refiere al centro natural de las cosas, que era donde se creía que tenían su lugar propio y al cual tendían. Anota el movimiento del cielo y el influjo de los astros sobre los seres sublunares. Por otro lado, dice que los orbes del cielo, al moverse, ejecutan una armonía. Por eso ve que la matemática contiene como una de sus partes la música, subalternada a la aritmética, en cuanto ésta le brindaba algunos principios y elementos para sus explicaciones. Pero es que entiende la música, como lo hacían los pitagóricos y pasó a la cristiandad a través de Boecio, como la armonía de las esferas escrita por Dios en números y que había que desentrañar. Habla de la virtud generativa atribuida al sol, que hacía brotar y crecer a las plantas, que tienen alma vegetativa. Hace alusión a la luz. (Llega a mencionar la búsqueda de la cuadratura del círculo, que algunos —como Kircher— llevaban a cabo.) Maneja la idea —que también pertenece a la lógica— de intensión, sólo que aquí aplicada a los cuerpos. La intensión de los cuerpos es el crecimiento en alguna propiedad accidental que tienen, e incluso se discutía si podía haber un crecimiento o intensificación de la misma forma sustancial.

La metafísica también se encuentra presente en los textos de sor Juana. Ella habla de las causas, y añade que al cesar la causa cesa el efecto. Alude a la conexión entre el efecto y la causa, y también a la del efecto de una cosa con la esencia de la misma. Menciona el esquema causal completo de Aristóteles (guardado por los escolásticos) con las cuatro causas: final, eficiente, formal y material. Distingue entre esencia y accidentes, entre sustancia y accidentes, y entre esencia y existencia. Sabe que la esencia es lo más constitutivo del ente, de manera que, si se niega ésta, se ha de negar también aquél. Habla de la acción y de la pasión, principalmente de la acción inmanente. Distingue la potencia del acto. También se refiere a los universales, diciendo que las especies subsisten aunque los individuos mueran. Menciona que los individuos se dan por parte de la materia y los universales por parte de la forma. Hace mención de la ontología de las relaciones, esa categoría que es la más débil de todas, pero que une a los entes con sus cadenas, de tal manera que al conocer uno de los relativos se conoce al otro, dado que se implican

mutuamente. Conoce la participación de todas las creaturas del Ser de Dios.

En la antropología filosófica sor Juana habla de las tres potencias o facultades anímicas del hombre: memoria, entendimiento y voluntad. Insiste en la libertad, ni siquiera violentada por Dios, ni tampoco por los astros, a pesar de que se admitía cierta influencia suya en las acciones humanas. También, por supuesto, habla del amor, sobre todo del que se tiene conforme al bien. Y pondera el apetito de amor que tiene todo ser humano. Trata de los hábitos y las virtudes. La costumbre engendra el hábito, que puede ser bueno (virtud) o malo (vicio). El hombre es un compuesto de materia y forma, esto es, de cuerpo y alma. La vida es el ser para el hombre, como viviente que es. Es el acto esencial, los demás son actos accidentales. El hombre sin vida no es hombre, sino cadáver, pues donde están divididos el cuerpo y el alma no hay ser humano, que es el compuesto de ambos. Habrá, por una parte, un cadáver y, por otra, un alma separada. La vida más alta es la racional o intelectual. En efecto, el alma es la parte más perfecta, y se eleva a conocer y amar las cosas inmateriales o espirituales. El alma está toda en todas las partes del cuerpo, pues es de esencia indivisible. El hombre es un microcosmos y, dentro de él, el entendimiento es el compendio de todo lo existente.

Por lo que respecta a la ética nuestra monja menciona la *sindéresis*, que es el hábito de los primeros principios en el intelecto práctico, el primero de los cuales es buscar el bien y evitar el mal, con lo cual se funda el orden moral. Es decir, el hombre, con su libre albedrío, puede elegir lo bueno o lo malo, y eso funda la posibilidad de un actuar conforme a una moralidad. La razón y la virtud son las que deben orientar esa vida ética y, buscando el bien, combatir los vicios. En política, la “razón del amor” debe sobreponerse a la “razón de Estado” (que es maquiavélica). Sor Juana habla de los derechos naturales y de los derechos positivos, pero dice que no hay que separar el conocimiento del amor, sobre todo con respecto a Dios. Esto último constituye el mayor bien y fin del hombre. También recalca que la recta intención es lo más constitutivo del acto moral y la que decide la bondad o maldad del mismo.

5. Sor Juana, la analogía y la iconicidad

La formación escolástica y el espíritu barroco dieron a sor Juana un fino sentido de la analogía. Por eso podemos decir que es una excelente hermeneuta analógica.⁵ Se gana este apelativo porque, en primer lugar, interpreta el texto bíblico más allá del sentido literal, buscando el espiritual. Y lo merece, en segundo lugar, porque no aporta un sentido espiritual puramente exorbitado, sino que explora con mucha finura los tres sentidos espirituales (el analógico o histórico, que hace la comparación o señala las semejanzas entre el texto bíblico y la conducta moral del hombre, la ética; el alegórico, que indica las correspondencias entre el Antiguo Testamento y el Nuevo; y el sentido anagógico o místico, que aventura coincidencias entre la vida presente y la futura, la del cielo). También se manifiesta esto en que usa el sentido analógico, para pasar del ético al místico.

Hay que decir que el sentido analógico es crucial porque hace cruzar, conecta, embona, sirve de mediación entre el literal y el espiritual. En efecto, el sentido histórico participaba del literal (santo Tomás lo ve, incluso, como una clase de éste o casi reductible a él), pues capta las semejanzas o correspondencias entre la historia sagrada y la historia personal. Auxilia para conectar con el sentido alegórico, pero sin perder la vinculación o amarre con el literal o histórico. Por su parte, el sentido alegórico señala las relaciones entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Después de éste se pasaba al sentido anagógico o místico, que señalaba la conexión entre el texto bíblico y el alma contemplativa, así como las coincidencias de la historia sagrada y el cielo, esto es, entre la vida pasada y la futura. Dado que trataba del futuro, era el sentido de la esperanza y del amor o caridad, más allá de la fe, que se quedaba en los sentidos anteriores. La analogía era el sentido del presente, vinculando el pasado con el futuro.

⁵ Sobre esta idea, véase M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2015, 5ª ed., pp. 31 y ss.

El aspecto de iconicidad —o utilización de los modelos— que hay en la obra de sor Juana, el cual está muy conectado con la analogía, se muestra en varias cosas. Señalaré sólo una y es su aprecio por la imagen del hombre como microcosmos, es decir, como reflejo y síntesis del macrocosmos, o universo total, porque reúne en sí mismo partes de los distintos reinos de la creación: del mundo mineral, del vegetal, del animal y del espiritual. Esto lo hace ícono de la totalidad de lo existente. Es un fragmento que muestra el todo, en el que éste resplandece completo.

6. Conclusión

Tal es el saber filosófico de sor Juana, un conocimiento nada despreciable, antes bien, notable, que nos hace apreciar cada vez más las dotes intelectuales de la genial poetisa mexicana, nuestra décima musa. Es cierto que no fue maestra en ninguna escuela, pero con sus obras literarias, principalmente con su poesía, enseñó a todos. Y por eso ahora nos dice mucho, conserva ese carácter de perennidad que tienen las obras de arte.

En la poesía, sor Juana tuvo una extraña maestría en el manejo de la metáfora y la metonimia, cosa que atribuyo a su dominio de la analogía. Ese concepto de la proporción hizo que no se desmidiera en ninguno de los dos lados, y que tuviera un equilibrio entre el conceptualismo y el culteranismo que la ha hecho de lo mejor en el barroco, principalmente en el nuestro, bastante distinto del europeo, y que ha marcado nuestra historia cultural, gracias a la herencia que ella nos ha dejado.

Índice

I. <i>Introducción</i>	7
II. Fray Luis de León y el sentido de la armonía	9
III. Literatura y filosofía en fray Luis de Granada	23
IV. Sor Juana: literatura y filosofía	36
V. Rasgos filosóficos en el <i>Fausto</i> de Goethe	48
VI. Dialéctica y analogía en Unamuno	62
VII. Cantos intempestivos de Juan Ramón Jiménez	75
VIII. La metafísica en Ortega y Marías	90
IX. Filosofía y literatura en México	105
X. Filósofos en la Academia Mexicana de la Lengua	118
XI. <i>Conclusiones</i>	133
XII. <i>Bibliografía</i>	135